

# Los mártires de la UCA

RAFAEL AGUIRRE

A Ellacuría y sus compañeros les mataron porque contaban la verdad de lo que sucedía en el país, porque querían cambiar estructuras injustas



JOSEMARÍ ALEMÁN AMUNDARAIN

En la memoria de nuestra generación permanece indeleble la imagen de los cuerpos de cuatro jesuitas de la UCA (Universidad Centroamericana de San Salvador) tendidos boca abajo sobre el césped, acibillados, junto a la puerta de su residencia. Dentro estaban los cadáveres de otros dos compañeros suyos y en la sala de visitas se encontraban también asesinados dos mujeres, una empleada y su hija, que habían buscado allí refugio. Eran las primeras horas del 16 de noviembre, justo hace hoy 25 años. El conflicto se había agudizado tremendamente en El Salvador y los insurgentes atacaban a la capital. Los acontecimientos sorprendieron a Ellacuría, el rector, en un viaje rápido a Europa. Me llamó por teléfono desde Madrid y quedamos citados para el viernes, día 3, en mi despacho en la Universidad de Deusto. Allí, con algún amigo, vivimos una conversación inolvidable. Hacía poco yo había vivido varios meses con esa comunidad de jesuitas universitarios y sabía bien los ataques, insultos y amenazas que recibían. Ellacuría, como le llamábamos, gozaba de un gran prestigio internacional y poseía una aguda capacidad de análisis y un discurso brillante. Era la gran autoridad moral en El Salvador, que denunciaba la situación de injusticia intolerable y propugnaba una salida negociada del conflicto armado. La prensa informaba ampliamente de lo que estaba sucediendo y sabíamos que los militares habían rodeado la UCA y controlaban las entradas y salidas. Le insistíamos a Ellacuría que retrasase su regreso a El Salvador, que esperase unos días para ver la evolución de los acontecimientos. Su plan era recoger en Barcelona el premio Comín el lunes 6 y regresar a El Salvador el lunes 13. No hubo manera de que nos hiciera caso. Decía que precisamente porque el Ejército controlaba el acceso a la Universidad, no harían nada contra él porque quedarían en evidencia. Además, la gravedad de la situación hacía más necesaria su presencia. Recuerdo que me dijo que «lo que legítima para ser rector es la capacidad de ir por delante». Por otra parte, según su análisis, si bien en la superficie el conflicto era más grave que nunca, la corriente de fondo llevaba hacia la paz.

Ellacuría llegó a El Salvador el lunes 13 y fue reconocido por el control militar al entrar en la UCA. Ese mismo atardecer el Ejército realizó un cateo (registro) en la residencia de los jesuitas para conocer el lugar. En una reunión del Estado Mayor la

noche del 15 al 16 se tomó la decisión de matarle sin dejar testigos. Todos estuvieron de acuerdo. Se conoce quiénes impartieron el orden de matarle, quiénes dirigieron el operativo y quiénes dispararon. El asesinato de los jesuitas tuvo tal repercusión internacional y dejó tan en evidencia al Ejército salvadoreño, que precipitó los acontecimientos que llevaron a los acuerdos de paz, que se firmaron en Chapultepec en enero de 1992, y que suponían profundos cambios políticos, militares y sociales. La perspectiva de 25 años nos permite ver la vinculación de monseñor Romero y los jesuitas de la UCA. Romero fue la gran voz profética y a la de tres años le mataron. La jerarquía eclesial salvadoreña le dejó solo y ningún obispo asistió a su funeral. Juan Pablo II estuvo muy frío con él en la

visita ad limina de 1979. Ahora el Papa Francisco ha decidido beatificarle el año próximo. Los jesuitas de la UCA le defendieron en vida, mantuvieron viva su memoria en la década de los 80 y, al final, participaron de su muerte martirial. La guerra en El Salvador comenzó de verdad con el martirio de Romero y se desbloqueó el proceso hacia la paz con el martirio de los jesuitas. Confieso que el asesinato de grandes amigos por las razones que compartían conmigo lo llevo con gran dolor, pero también como un estímulo permanente. Tengo amigos asesinados por ETA. Convivi y trabajé con estos jesuitas. Les mataron porque contaban la verdad de lo que sucedía en el país, porque trabajaban por cambiar unas estructuras injustas, por educar los corazones en los valores evangélicos. Ellacuría era la personalidad más conocida, pero no le podemos separar de sus compañeros. Era un grupo increíblemente trabajador, sobrios al expresar sus sentimientos, como suelen serlo los jesuitas, no muy rezadores aparentemente, pero movidos por un amor inmenso. Entregaban su vida totalmente al servicio de la gente más pobre. Sabían que se la jugaban cada día. Estos jesuitas han sido testigos de amor, lo más grande de la vida cristiana y humana. Son 'los mártires de la UCA'.

En los Acuerdos de Paz ambas partes decidieron la constitución de una Comisión de la Verdad, formada por tres personalidades de gran prestigio, no salvadoreñas, con la misión de esclarecer las matanzas, homicidios, desapariciones y torturas, y dilucidar responsabilidades. En otros países se han establecido comisiones semejantes, pero la de El Salvador fue pionera, porque durante años monseñor Romero y, después, Ellacuría y la UCA habían machacado que para sanar lo sociedad había que conocer la verdad. Ya San Pablo decía que lo que se opone a la verdad no es el error, sino la injusticia. La Comisión de la Verdad presentó su informe el 15 de marzo de 1993, que resultó demoledor para el Ejército y los paramilitares, sin dejar de sacar a la luz también los abusos de los insurgentes. Cristiani y los militares se rebelaron contra este informe. Tres días después el Gobierno decretó una amnistía «amplia, absoluta e incondicional». No procede entrar aquí en las vicisitudes de tipo jurídico que se han producido y aún coleán. Como dice Jon Sobrino, más importante que conocer el nombre de sus asesinos es mantener la verdad, la justicia, la dignidad por la que vivieron estos mártires, que forman parte del mejor patrimonio de la humanidad.

## La nueva empresa que necesitamos

JOSÉ MANUEL GIL VEGAS  
PRESIDENTE EJECUTIVO DE SINERGOS

Han observado ustedes que a las personas que deciden arriesgarse y montar una empresa se les llama emprendedores, producen admiración y todos estamos de acuerdo en apoyarlos, y sin embargo, a los que con el tiempo han conseguido estabilizarla y ya tienen una cierta trayectoria se les llama empresarios, no caen bien y producen cierto nivel de desconfianza? ¿Por qué esta diferencia? ¿Cuándo es el momento en el que la misma persona pasa de admirado emprendedor a sospechoso empresario? Tenemos un problema con el concepto social de empresa. Y me temo que, como siempre,

es un problema que hemos generado entre todos: a ello han contribuido, por supuesto, algunos empresarios que en los últimos meses han ocupado las primeras páginas de los periódicos con comportamientos inexcusables, pero también algunos medios de comunicación en su tratamiento del tema, algunos empleados que se empeñan en ver al enemigo en casa, algunos directivos que no han entendido bien su papel en la empresa, los sindicatos defendiendo sus propios intereses por encima de los de los trabajadores, parados y pensionistas, y por supuesto los políticos con su extraña forma de ayudar a sobrevivir a las empresas en dificultades.

Podríamos empezar por recordar dos datos que casi nadie discute: el primer dato nos muestra que el 99,89% del tejido empresarial de España y de la UE son pequeñas y medianas empresas y generan el 63% del empleo. Solo el 0,11% son grandes empresas. En el País Vasco se replican los mismos datos y de las 165.000 empresas existentes a fecha de hoy, 164.824 tienen de 0 a 250 asalariados, de las cuales más del 94% son microempresas con menos de nueve trabajadores. Es decir, el empleo y la actividad económica no están en manos de grandes empresarios con chistera, puro y despacho sino que es soportado por una auténtica legión de pequeños empresarios y autónomos que madrugan mucho, no cuentan las horas y con frecuencia se juegan hasta su patrimonio personal por el proyecto que les ilusiona. El segundo dato es tan claro como duro: sin empresas no hay empleo ni crecimiento económico. Y un territorio que no tenga el vigor necesario para generar em-

presas nuevas y para que crezcan las ya instaladas, está abocado a medio plazo a empobrecerse y no solo económicamente sino también social y culturalmente. Pero el mundo está cambiando más deprisa que nunca. Las viejas fuentes de ventaja competitiva están desapareciendo. Muchas empresas están viendo que no son tan invencibles como creían. Las que dependían exclusivamente de la ignorancia del consumidor, monopolios de distribución o asimetrías de conocimiento se están esfumando rápidamente. En este entorno hipercompetitivo e hiperdinámico las organizaciones avanzan o retroceden sin posibilidad de permanecer estáticas. Y así como todos deberíamos revisar nuestras actitudes hacia la empresa, también la empresa necesita hacer un importante esfuerzo por modernizarse. Hoy ya no sirven los viejos esquemas de gestión empresarial: la obsesiva y miope fijación en los resultados a corto plazo, la consideración de las personas como meros recur-

sos poco cualificados fácilmente sustituibles, los estilos de dirección autoritarios, la antigua confrontación de clases o la preocupación por el tamaño y la estandarización que dificultan la flexibilidad.

En este nuevo escenario está naciendo una nueva forma de hacer empresa. Con la mirada y las decisiones puestas en el largo plazo, que considera que su mercado es todo el mundo, con una gestión rigurosa que incide en los factores que realmente generan los resultados, que es consciente de que una sola persona no saca ningún proyecto adelante y que es necesario configurar equipos bien integrados y comprometidos de profesionales cualificados dispuestos a aportar al proyecto común todo su talento, esfuerzo e ilusión. Proyectos participativos en el que todas las personas que se comprometen recogen el fruto de la cosecha. La empresa que está naciendo hoy va a tener poca mano de obra no cualificada. La deslocalización y la robotización van a reducirla

substancialmente, pero integrará cada vez más profesionales jóvenes muy formados que no se conforman con ser meros empleados, que quieren participar activamente en la construcción de su propio futuro, que no admiten intermediarios en las negociaciones, que requieren una gestión individualizada y coherente con su propio nivel de compromiso.

En nuestro territorio se está haciendo una apuesta importante por ayudar a las empresas a transformarse y por apoyar a las personas que deciden iniciar proyectos empresariales nuevos. Se está apostando por una empresa participativa y solidaria, global y moderna, flexible y valiente. Y esta nueva forma de hacer empresa merece el apoyo de todos nosotros porque en ella está nuestro futuro y el de nuestros jóvenes. Son empresas, pero quienes las dirigen son emprendedores. Gente con ilusiones dispuestas a arriesgarse que merecen una oportunidad y el reconocimiento de toda la sociedad.